

CASTILLO DE LOS CONDES DE BENAVENTE.

A la estremidad oriental de esta antigua villa se encuentran las ruinas del palacio de los Pimenteles, dueños y señores de esta población. El origen histórico de la fortaleza, cuya vista principal presentamos á la cabeza del presente artículo, es tan dudoso como el de Benavente, porque si bien es cierto que esta población perteneció en un principio á los caballeros templarios, y fué cedida mas tarde por el Rey Don Enrique II á su hijo D. Fadrique habido con su amiga Doña Beatriz Ponce de Leon, siendo el primero que mereció en Castilla el título de Duque, no se puede fijar, sin embargo, la época de la fundación del palacio-castillo de los Pimenteles, hoy perteneciente al Excmo. Sr. Duque de Osona. Los viajeros que visitan las ruinas de este grandioso y pintoresco edificio se pierden en conjeturas para reconocer el mas pequeño testimonio de su antigüedad, porque ni una insignificante inscripción, ni un dato arqueológico de la menor importancia corresponden á la curiosidad investigadora del observador. Únicamente debemos á la buena amistad de una apreciable persona que reside actualmente en Benavente y la cual nos facilitó algunas de las noticias mas importantes de este artículo (1) el siguiente párrafo perteneciente á una historia manuscrita de esta villa, escrita por el Dr. Leda. «El castillo «con dos torres—dice al tratar de la antigüedad de este «ducado—que sirvió de primera defensa á su población «fué demolida muchos años despues de haberla dominado los sarracenos, como se nota en los cimientos «que aun subsisten á la parte del Poniente. La fortaleza «que existe hoy es fabricada despues de la expulsion de los «Sarracenos y fundacion de esta villa.»

Las ruinas de este palacio-fortaleza ocupan una

área de seiscientos y diez y ocho pies naturales, y están situadas sobre una elevacion plana entre las últimas casas de la villa. Cerca de sus murallas cubiertas de hiedra y abiertas por el ariete de los siglos atraviesa el delicioso y pintoresco pasco de *La Mota*, que mereció de Napoleon el título de bello y sorprendente. La perspectiva que se descubre desde los alrededores del palacio-castillo y mucho mas desde los corredores y balcones de la fortaleza, cuando existían, es en extremo agradable y poético. El horizonte se dilata y se pierde de vista y el sol improvisa los cambiantes mas deliciosos derramando su luz sobre bosques umbríos y prados cubiertos de blancas margaritas. Al Sur y Occidente el rio Orbigo, célebre por las sangrientas batallas que presenció entre cristianos y sarracenos, se parece á un inmenso reptil cubierto de escamas que seeste al borde de los oscuros sotos, abandonados jardines y huertas de los poseedores del castillo, y por último los molinos y los pueblos inmediatos que se descubren en lontananza sobre las lomas de los puertos de Sanabria y Galicia como espertoginetes á las ancas. El mismo rio Orbigo laña hacia el Occidente los cimientos del palacio-castillo cuyos robustos cubos, majestuosos murallas, fuertes almenas y grandes ventanas despojadas de sus balcones por los franceses en su invasion de 1808, se encuentran en un estado menos ruinoso que lo restante del edificio.

Por la parte del Mediodia se entra al castillo, viniendo por la puerta llamada del Puente, por otra antigua construída entre dos cubos de piedra como los que miran al Poniente y sobre sus antiguos linteles, se distingue una figura de piedra que representa un hombre á caballo galopando. El vulgo cree que representa al Apóstol Santiago, pero debe ser el busto de algun caballero perteneciente á la familia de los

(1) El Sr. Charro Hidalgo.

Pimentel, ascendientes de los Condes de Benavente.

Desde esta puerta se sube, mirando al Norte y dejando la fortaleza á la izquierda con sus escanados de piedra y á la derecha las antiguas caballerías del palacio, por un callejón estrecho, largo, oscuro y empinado á causa de la elevación del edificio que desemboca en el mencionado paseo de *La Mola*. Esta fachada forma un contraste regular y completo con la del Oeste. Aquí todo es lúgubre y sombrío: sus murallas están ennegrecidas y cubiertas; el musgo desfiguró las escamas de los pequeños cubos, y el silencio de este pasadizo que tanto se parece á un subterráneo imprime al edificio el carácter de una cárcel lóbrega y aterradora. Por lo contrario, en la fachada del Poniente todo es animación y variedad: las aceñas al pie del precipicio sobre el cual está fundada la fortaleza se parecen á grandes nidios de alondra; ocellos entre árboles y los cantares de las lavanderas que acompañan al murmullo del río se confunden con las voces de los transeúntes y los ladridos de los perros de las cercanías huertas. Algunas veces, y en particular en los días de fiesta, también llega hasta las ventanas de la fortaleza por esta parte el eco del tamboril y la flauta que entusiasma á los jóvenes de ambos sexos, los cuales reunidos hacia la fuente de las *aguas saludables* bailan sin tregua ni descanso. Un frondoso bosque cuyos árboles nunca vieron el sol se encuentra también bajo el mismo precipicio sobre la margen izquierda del río y contienen al parecer la próxima ruina de esta fortaleza que con sus escombros podía hacerle desaparecer y suspender como un nuevo Moisés su curso.

El palacio-fortaleza de Benavente como el castillo de Corullón cerca de Villafranca del Bierzo, las torres de Altamira en las inmediaciones de la ciudad de Santiago y otros monumentos antiguos que hemos descrito en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO conserva el carácter ambiguo de defensa y recreo perteneciente á los edificios que servían á la vez de castillo y palacio. Por esta razón desde las almenas y los cubos se distinguen losques y jardines de suerte que no siempre sonaría el alerta del vigía dentro de sus muros sino también la corneta de caza que anunciaba un día de caballeresco recreo por las orillas de aquel río que ha llevado tantas veces en su corriente sangre castellana aguerrida y valerosa.

DOS FLORES Y DOS HISTORIAS.

(Conclusión.)

TRISTE HISTORIA DE UNA AZCENA.

Voy á empezar mi triste historia, y si tuvieran las flores lágrimas muy amargas las vertería; tanto me afligen los recuerdos, tanto me lastima el dolor. Quiero hablar de mi nacimiento y, para colmo de infortunio, aun antes de venir al mundo presencié tristísimas escenas que no quiero referir.

Yo, pobre flor, debo la vida á una raíz arrancada de una deliciosa pradera y encerrada en un frágil vaso de barro por una viuda, que inmediatamente me condujo á su modesta habitación. Instalada en ella, debo hablar de las únicas personas que me fundaban con su llanto, y empezaré por retratarlas.

Contaría la viuda mi duéña cuarenta y cinco años lo mas; pero su rostro demacrado manifestaba claramente los sufrimientos del espíritu y las continuas privaciones que experimentaba la carne. Nada diré de sus facciones, pues la belleza y la fealdad quedan iguales bajo el velo de un obstinado padecer. El cielo, que al lado del mal suele colocar el remedio, concedió á la pobre viuda un tierno hijo que ya con-

solaba sus penas y ya la mostraba á lo lejos la hermosa luz de la esperanza. Julio, era este su nombre, contaba diez y nueve años no cabales; pero en su rostro no brillaba la alegría de la primera juventud. Tenía ojos negros, cabellos negros, facciones delicadas, tez blanca como el mármol de Paros, y su talle era tan flexible como la vara de un clavel.

En los repetidos coloquios de estos dos seres, tan unidos y tan desgraciados, noté, que la pobre viuda se quejaba de una enfermedad incurable, y que Julio, aunque procuraba disipar la triste persuasión de su madre, optaba del mismo modo. ¿Y cómo dudar de ello? El jóven, solo algunas veces y otras muchas acompañado de su madre, habia visitado á los médicos de mas fama; opinando los mas, que la enfermedad de la viuda necesitaba suave clima, sanos y escogidos alimentos, tranquilidad de cuerpo y alma: en una palabra, que estaba atacada de tisis. ¡Cuán to sufrió Julio al oír los preceptos medicinales! Su pobreza no le permitía variar de domicilio, ni dar á su madre sanos y agradables alimentos; lo único que podia hacer era dedicarse á las domésticas tareas, y aunque la enferma trató de impedirselo, tuvo que ceder, cuando enteramente estenuada cayó en el lecho moribunda.

¡Cuántas escenas de amor filial, amor tan santo como el de los ángeles á Dios, podría referir! ¡Cómo se afanaba el pobre Julio, dedicándose á unas faenas que apenas conocía de nombre! ¡Con cuánta amargura lloraba cuando no podia dar á su madre los indispensables auxilios, y qué satisfecho parecia al presentarla un caldo sustancioso, un vaso de leche, ó una costosa medicina! Inútil afán. La viuda espiró en los brazos de su hijo, y después de haber llorado estas largas horas sobre el cadáver de su madre, vino á derramar algunas lágrimas sobre mi tierno tallo, todavía de incierto y pálido verdor.

Murió la viuda; el triste Julio tuvo que vender una parte de sus vestidos para comprarla sepultura, y que acompañarla, solo y llorando, á la mansión del reposo eterno y profundo.

No hubiera hablado de estas escenas sin una notable circunstancia que me las hace recordar. La viuda tuvo siempre por mí particular predilección; me cuidó con singular esmero, y momentos antes de morir me recomendó á su tierno hijo, como pudiera haberlo hecho confiándole la educación de una hermanita huérfana al punto de nacer.

Julio amaba mucho á su madre para olvidar un solo día el mas pequeño de sus encargos, y me cuidó con el mismo esmero que si hubiera sido su hermana; el huérfano se marechaba bajo el peso de su infortunio, pero mis hojas y mi tallo fueron creciendo lentamente con la brisa de sus suspiros y con el riego de su llanto. El huérfano se pasaba las horas inclinado hacia mí, y me amaba como á la memoria de su madre. Aunque sumido en la miseria, puedo asegurar sin engañarme que no me hubiera enagenado por todo el oro de la tierra; y hacia bien, porque la memoria de una madre no puede compararse nunca á la posesión de un vil metal.

Pasaron dos meses; mi hermano, así á Julio debo llamar, pasaba á mi lado las horas en tristísima meditación, y yo me creía el solo objeto que le interesaba en la tierra. Sin embargo, mucho me engaña-

la, y poco después tuve ocasión de reconocer lo contrario.

Era una hermosa tarde de abril: los tibios rayos del sol poniente vivificaban mi capullo, y Julio, como de costumbre, estaba sentado junto á mí. Todo era silencio y tristeza. cuando resonaron tres golpes: mi hermano se levantó al punto; abrió la puerta sin tardanza, y vi penetrar dos señoras, como de cuarenta años la una y de diez y siete la otra. A su vista se turbó el huérfano, pero vi después en sus ojos el primer rayo de alegría que había brillado en ellos desde la muerte de su madre: porque la más jóven de las damas era el título de su amor.

Adela, llamábase así, debió la vida á un capitán, compañero del padre de Julio, y como este muerto en el campo del honor, huérfana de padre, como lo había sido hasta dos meses antes mi pobre hermano, crecía al lado de otra triste viuda, y el infortunio de las dos familias había estrechado algún tiempo los lazos de una buena y constante amistad. Adela era hermosa como un ángel, y Julio la amaba como los ángeles á Dios. Un solo defecto de la jóven, defecto pueril en verdad, inquietaba el corazón de Julio: y era que mientras oculto y desconocido enteramente se encontraba fiero con su pobreza, Adela sufría con disgusto las privaciones, quechándose frecuentemente, y suspirando por el fausto y el esplendor.

Adela y su madre no habían asistido á la vida en su postrera enfermedad, porque, ausentes á la sazón, la supieron junta con su muerte por una carta de mi hermano: pero llegadas á la corte se apresuraron á visitar al huérfano desconsolado.

¡Cuánto agradeció el pobre Julio esta inesperada visita! El corazón profundamente lacerado es una esponja que percibe todo bálsamo que le toca, todo tóxico que lo envenena; una blanda masa de cera pronta á recibir toda forma.

No contaré los pormenores de esta entrevista: Julio amaba á Adela mas que á mí, quizás mas tambien que á la memoria de su madre. ¡Pobre jóven! Entre la miseria y las lágrimas había alimentado un amor tan inmenso, tan inestinguible, tan puro, como la bienaventuranza de los escogidos del Señor. Esta visita, tan casual como motivada, debía influir poderosamente en el destino de mi hermano. Adela se aproximó á mí: tocó mi talle y mi capullo con sus dedos, tan blancos y aterciopelados como debían serlo mis hojas: alabó mi frondosidad y profetizó mi belleza. Nada mas me dijo: nada Julio la respondió.

Despidiéronse madre é hija; mi hermano las acompañó hasta la puerta, y cuando volvió derramó sobre mí mas lágrimas, en pocos minutos, que en los dos meses anteriores. En vano quise comprender el triste misterio de aquel llanto. Unas veces me figuraba que procedía de un exceso de felicidad: pero al verlo conocía que debía arrancarlo el dolor: porque era muy ardiente y amargo.

Me martirizaba la duda, cuando las sombras de la noche vinieron en breve á explicarme la causa de aquellas lágrimas ardientes. Mi hermano comenzó á vestirse con un esmero, que jamás había notado en él: cuando concluyó su tocado se acercó al lecho de su madre, conservado religiosamente como el cádi-

ver lo dejó: y arrodillándose devoto ante aquel altar santificado, inclinó sobre él la cabeza y oró como pudiera hacerlo ante una imagen de la Virgen. Alzóse, después de haber orado: se llegó á mí: me tomó en sus brazos con la misma ternura que una madre toma á su hijo; y, echado una mirada tímida y recelosa sobre el lecho vacío y helado, me sacó de su habitación para llevarme á la de Adela.

A mi vista lanzó la jóven una exclamacion de alegría; mostrándose mas satisfecha del fino obsequio de su amante: y sin embargo no conocía toda la estension del sacrificio, porque Julio comprendió que el mérito no estaba en hacerlo sino en saber disimularlo.

Instalada en mi nueva familia empecé á echar menos las caricias de mi hermano, y al sentir las gotas de agua sobre mis barnizadas hojas me estremecía terriblemente; porque había crecido hasta entonces al tibio riego de las lágrimas. El silencio y la soledad de mi primer alojamiento me habían familiarizado en cierto modo con un reposo sepulcral imposible de describir, y el mayor bullicio que notaba, lejos de causarme placer, me iba produciendo lentamente una singular melancolía.

La única persona notable que de vez en cuando concurría á la modesta habitacion de Adela, era un jóven de veinte y cinco años cumplidos y llamado Luis. Este jóven había conocido á mis dueñas en su último viaje, y aprovechaba la ocasion de presentar sus homenajes á la huérfana del capitán. La primera vez que le ví me llamó mucho la atención, y juro que senti hacia él una violenta antipatía. Quise fundarla en raciocinios, y no encontré buenas razones. Luis era buen mozo, elegante, fino y hablaba con facilidad: nada encontraba en su exterior que justificara mi aversion; ni la mirada de las flores ni la de los hombres penetran en los hondos senos del alma.

Adela, que había jurado á Julio amor santo, é inestinguible, escuchaba muy complacida las lisonjas de un nuevo amante, y dispensándole atenciones expresivas aunque inocentes, desapiadadamente hería el corazón del pobre huérfano. Quiso Julio hablar; las palabras se anudaron en su garganta, roncos suspiros rebranaron en lo mas hondo de su pecho, y una lágrima fujitiva humedeció sus ardientes párpados. ¿Faltaba al huérfano valor para jugar vida contra vida la posesion de una muger religiosamente adorada? A ningún amante le falta, y un sentimiento muy amargo era el que entumecía su lengua; el sentimiento de la pobreza, tan poderoso en un hidalgo corazón.

¿Qué podía decir Julio á su amada? ¿Acusarla de ingratitude? Quizás hubiera osado hacerlo; mas para reprenderla con lealtad tendria que decirle: «Desprecia á un hombre rico, á quien es fácil realizar tus dorados sueños, y uniendo tu suerte á la mia, renuncia para siempre á toda idea de esplendor y bienestar.» Esto no puede profetirlo ningún amante; son palabras que quemarian la lengua antes de llegar á los labios y Julio no las pronunció. Se contentaba el desgraciado huérfano con pasar las noches llorando junto al vacío lecho de su madre, y disminuyendo sus visitas, acabó por no presentarse ante la muger idolatrada.

La ausencia de Julio ocupó un dia el ánimo de la

hermosa Adela, pero se fué perdiendo en breve, como un objeto que se aleja entre las brumas de la tarde. Y á la verdad, ¿para qué necesitaba Adela la memoria del perdido amante? ¿Para compararlo? mal librado debía salir mi buen hermano en el parangón. Luis se presentaba ante la jóven con una esquisita elegancia, con un lujo deslumbrador; el huérfano llevaba siempre el mismo raído traje de luto, y el encogimiento que le daba su precaria y triste situación. El nuevo amante hablaba siempre de espectáculos, trenes y joyas; el antiguo guardaba silencio ó consagraba algunas palabras á la memoria de su madre. No es necesario añadir que el primero en el vulnerable corazón de Adela llevaba siempre lo mejor.

En tanto que mi pobre hermano se debilitaba y ó crecía; y en una mañana de mayo recibió mi caliz virginal el primer ósculo del sol. ¡Qué hermosa estaba! una flor débil, que ha sufrido tanto, no será culpable teniendo un instante de vanidad.

Adela vino á visitarme mas temprano que de costumbre, y quedó prendada de mí. Me acarició repetidas veces, como á un niño recién nacido, y me destinó á adornar su pecho, casi tan blanco como yo.

Doce horas no me macé mis pétalos sobre mi alfombra de esmeralda; los pulidos dedos de Adela troncharon mi talle gentil, y me dió por pedestal su seno, también como el mio virginal.

Se presentó Luis aquella tarde mas temprano que las anteriores; reparó en mí, nunca reparara; y dió su parabién á Adela con marcado tono de disgusto ó reconvencción; porque sabia mi procedencia. La jóven se ruborizó, quizá acordándose del amante no quedó de ella satisfecho, y para restablecer la paz fué necesario un sacrificio. Pasó al ojal del frac azul del elegante caballero.

Poco era mi valor; millares de azucenas han florecido mas hermosas, pero mi posesion era entonces un triunfo, que halagaba la vanidad del nuevo amante de la huérfana. Se despidió Luis lleno de orgullo, y bajó la angosta escalera, satisfecho de una conquista que mayores triunfos le aseguraba. Pasó el dintel, y á pocos pasos, un jóven débil pero altivo, estampó en su rostro una marca de vergüenza, que rios de sangre bastarian apenas á lavarla. La diestra de Julio se habia estampado en la mejilla de su rival; la muerte de uno de los dos era indispensable.

¿Qué hacia Julio frente á la puerta que habia pasado tantas veces? Lo ignoro; pero al verme su corazón, mas que sus ojos, le dijo, que era yo, la anueña plantada por su madre y encomendada á su cuidado; la que adornaba el pecho de su odiado rival.

Ambos jóvenes convalieron en el sangriento desenlace que tamaña afrenta reclamaba; dos amigos mútuos arreglaron las condiciones del mortal duelo, y al rayar el alba todos cuatro estaban reunidos en el paraje designado. Luis llevaba el frac azul de la víspera, y yo en el ojal continuaba; Julio, también como la víspera, se presentó vestido de negro.

El duelo debia verificarse con pistolas y á quince pasos de distancia; el agraviado seria el primero á disparar. Cargaron los padrinos, y ambos rivales se colocaron á distancia. Luis era diestro tirador, Julio no habia tirado nunca. El rival afortunado estaba alegre, el amante despreciado guardaba una imponente seriedad.

De la izquierda, levantó Luis pausadamente su pistola; apuntó un segundo y disparó. La bala silvó al oído de Julio, llevándose un rizo de su flotante cabellera. El huérfano no se estremeció; levantó á su vez la pistola; apuntó también un segundo y disparó. No se estremeció Luis tampoco, pero cayó á tierra. La bala me tenia por blanco, yo estaba sobre el corazón del caído.

Los dos testigos, y Julio mas veloz que ellos, se precipitaron sobre Luis; el huérfano me arrancó del ojal salpicada en sangre caliente; los testigos dejaron caer, despues de haberla levantado, la helada cabeza de un muerto.

Julio me miró fijamente; con una mirada que no me habia nunca dirigido; me alzó despues á tola la altura de su brazo, como bandera conquistada á los enemigos; y lanzando una siniestra carcajada exclamó: «Ésta es la memoria de mi madre!» y el que habia quitado á Luis la vida, perdió al mismo tiempo la razon.

Dejando al muerto, los padrinos hubieron de acudir al loco; logrando con grandes esfuerzos conducirlo hasta un hospital. Tres dias estuve entre sus manos y escuché sus lúgubras delirios. Veía en ellos unas veces la severa sombra de su madre, que lo reprendia; otras veces la sombra de Luis, que lo amenazaba; y siempre la imagen de Adela, que se reía de su dolor. A los tres consiguleros, no sin violencia, arrancarme de la contraida diestra de mi hermano, ya marchita y casi deshojada y su carcajada siniestra me persigue como un eco desgarrador.

Esta es la historia de mi vida. ¿Qué está siendo de Adela? Lo ignoro. ¿Llora al muerto? ¿Se compadece del pobre loco? ¿Está prendada de un tercero? Todo cabe en el alma de una muger.»

Terminé el segundo manuscrito en muy distinto estado de ánimo; y reuniendo las dos historias encontré una especie de apólogo; del cual era muy fácil ir sacando un gran número de moralejas. Como la vela se consumía, y las moralejas no habian de contribuir á mi entrada en la Academia de la historia, decidí la publicacion de los anteriores manuscritos, para lograr el noble fin que ya tengo manifestado.

JUAN DE ARIZA.

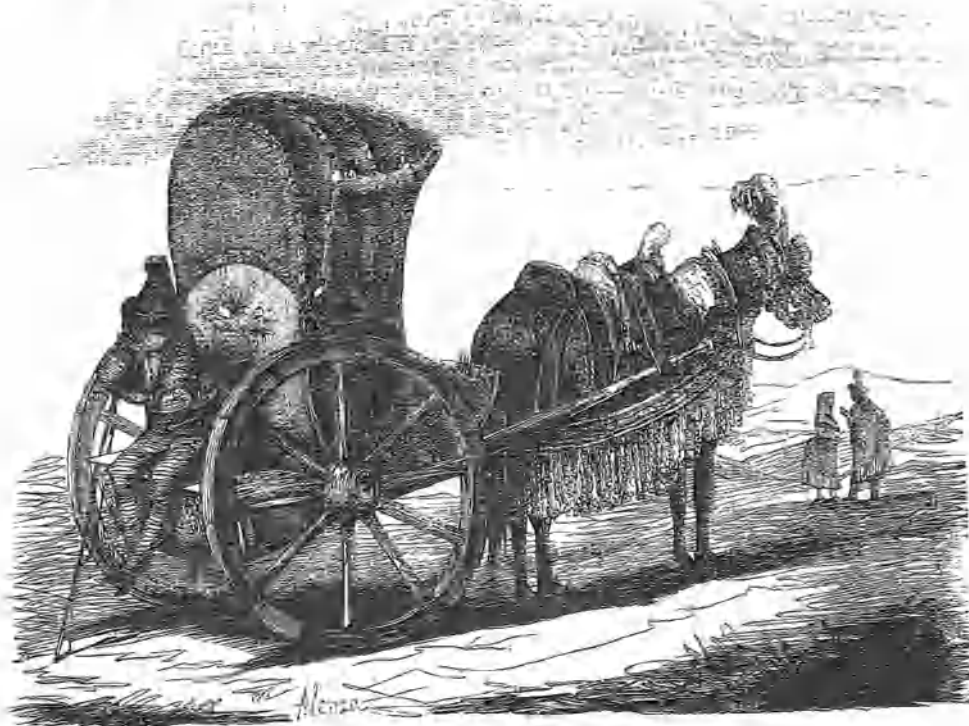
LA CALESA.

Ofrecemos á la contemplación de nuestros lectores un fiel trasunto del vehículo mas característico del país, que como todo lo que es indígena de él se halla próximo á desaparecer, cediendo el puesto á una importacion extranjera; á los Omnibus; no nos proponemos hacer aquí un panegírico de la Caleza, queremos solo consignar en nuestras páginas una copia de estos carruajes, debida al lapiz de Alenza, por si antes de mucho llegan á ser una antigüalla, objeto de estudio para los arqueólogos. Observemos la verdad con qué estan reproducidos todos los contornos del calesín, lo airoso de la cabalgadura, la fidelidad en el tratado de los pormenores y adornos y sobre todo en la postura del calesero, que senta lo en la zaga, sujetando con una mano el látigo y apoyando en ella el codo del otro brazo, cruzados los pies y fija la vista en el

suelo, no se sabe si dormita esperando que se le presente viaje, si se entrega en sus adentros á amargas reflexiones relativas al decaimiento de su industria, ó si, lo que es más probable, disfruta de un agradable letargo producido por los vapores del mosto. Distínguese más lejos una pareja que acaso no tarde en subir al vetusto elemento para continuar allí su sabrosa plá-

tica, protegida por el fuelle prudente del calesín, de las miradas celosas de un amante ó de la venganza de un espo. o. ¡Oh cuantos episodios curiosos, cuántas historias de interés podría referir un calesín si los calesines tuvieran el don de la palabra!

B.



UNA MARTIR DESCONOCIDA

ó

LA HERMOSURA POR CASTIGO.

Novela moral

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro y su honesta vida sobre todo, la atraían de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en gerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debía oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, idolo de la imperial familia, jamás había visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veía con ellos: Pulqueria nació y había vivido ciega hasta la edad juvenil, ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccia, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendición de aquella mujer santísima cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega había escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa, en llegando la jóven á contar quince años.

Feliz Pulqueria por su estado, más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la había enriquecido, felicísima por el amor que

le tenían los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que entrada en la pubertad, y dando oídos á la voz universal que la proclamaba por la más bella de las hermosas, nació en su corazón el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida y con razón de que su madre habitaba gloriosa la mansión de los bienaventurados, cada noche le dirigía una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Aparecióse una noche á Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, figuróse Pulqueria una noche que se le ponía delante la feliz matrona, cercada de resplandores vívidos, ceñida la sien ya inmortal con la aureola de las esposas sin mancha, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de fúlgidas y rojas estrellas. «Hija mía [le dijo Flaccia con acento dulcísimo] Dios que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacerlos irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privación de vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido sin embargo el Señor de mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma que te presento, victoriosa insignia de los mártires, necesario es, hija mía, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que más quieras, aquello cuya vista más abincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio día te será milagrosamente otorgada.»

Con aquella rapidéz con que el alma del hombre, en fin de su celestial origen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que pensar y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un sí, este largo discurso: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, ¿una sería ya en verdad si no lo admitiese? ¿Qué es lo que yo amo mas en el mundo? Lo primero á mi prometido esposo, luego á mi padre, después á mis hermanos. Otro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero verá el sol, de que nace el día, y las estrellas que alumbran la noche; verá el mar, cuyos ruidos oigo desde mi lecho, verá la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio abázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saber la vista en el campo dilatadísimo de la creación entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, sí. Dicho apenas esto monsilabo, con la sorda articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la celeste vision.

Los gozes que provienen del cielo se distinguen de los placeros puramente humanos en una circunstancia notable: estos en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, ocultar la prodigiosa visita que la noche antes habia recibido. Un solo efecto visible producía el júbilo interior que sobrecaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevos encantos, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y porte con tan admirable dignidad y gracia reunidos, que jamás, ni aun el día que, cuando ella ya supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibía de todos, aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina hermosura, nunca mas desahucrada que entonces, cuando el sol llegó al medio de su carrera. Instantánea y sobrenaturalmente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve, sin que la luz la ofendiera, la hermosa hija de Flaccia y de Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un ray prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha mayor que se le pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que habia muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso en fin conocerse á sí misma. Llevóla Teodosio á un espejo de plata tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie una túnica y un manto enérgica, y sobre ellos vió un collar, y mas arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movía el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubría en el espejo ni rastro. Llévose la princesa la diadema como si la taparon con algo, apareció en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano

puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano, despues de muy pocos instantes de prueba se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, menos la imagen de la princesa, desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo: quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccia, y negose aun su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veian en el espejo y respondieronle que sí, porque para ellos el espejo representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó pues en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en su vida eran sus gracias, y por consiguiente que lo que ella amaba mas y con mas afincada apéctica ver en el mundo no era su padre ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda la hubiese quedado, el tormento indescribible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en la bruñida lámina, le hubieron hecho comprender que una hermosura celestial adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez y aun sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolotrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, tallo, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: quería pues, complacerse con su sonrisa, adorar su caida de ojos, percibir el roce y crecimiento de los matices purpúreos con que teñía el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos y el vestido mas conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; quería en fin conocerse y gozar de sí habia creído llegada la hora, y ballaba que para todo tenía vista, menos para verse: no podía ser el diazco mas doloroso, ni mas atroz el martirio. Sollozos y lágrimas de amargura se tornó en seguida el momentáneo alborozo que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portentoso! con la angustia y el llanto que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo, parecía mas bella que antes, cuando solo respiraba alegría; díjole Favencio que estaba mas hermosa florando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos que venia se le preparaban, hubiera querido entonces, que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que nadie hubiera podido echarla en cara.

Desde aquel día que tan venturoso habia de ser para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste era bella; todos eran á decirselo y ella á rozar en vano que emudecieran en su alabanza. Cuanto no hubo de padecer con los excesos de los poetas que cantaron sus bodas con el principe, ya en la lengua de Plutarco, ya en el metro de Horacio. ¡Cuanto no envió la suerte de los mendigos é imposibilitados entre quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «¿Quizá vea mi retrato en esta criatura?» exclamaba al sentir fecundado su seno. «¡Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada furiosa, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgredió su cabello y se vistió con un trago toscó y esclava... nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia y al mismo Favencio que para no alabarla no la mirasen: fue obedecida; pero como sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos. ¿Quién la libraba? Y aquellos inocentes admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veian, no podian menos de procurrir con el lenguaje arrelatado de la infancia: «Madre, queréla madre, tú eres la mas hermosa de las

mujeres.—Si, respondió ella para sí suspirando: soy la más hermosa del mundo y es tal mi desdicho que no puedo ver lo que soy. Para el salutar de alguna buena obra, escribió una vez una carta confesa á su esposa, pidiendo la aparición de Flaccia y la dura ley á que estaban sujetos sus ojos: mas en el momento de escribir el escrito, se le apareció de entre las nubes.

Muchos años fué Pulqueria infeliz como víctima víctima de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que sería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse, durante su vida, no solo no ganaría la palma del martirio sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando se muriera; y por saciar su curiosidad á la menor á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignación aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel mismo impulso la conducía por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, según el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastaba algún tanto su curiosidad con el tiempo, más ó menos á poco azeando á oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, mas á elante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante después obraba el conocimiento y decía: cuando muera me verá; sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto. No se escondía ya de las gentes para escusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimientos á su belleza: salía con frecuencia en público preñida y adornada como correspondía á la hija y hermana de los Cesares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Describiósele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años y cesar la mortificación que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto; Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía con la delicada hermosura de la doncella; de treinta descollaba con la sazónada y perfecta belad de la esposa; de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijos y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio había muerto. En aquel medio siglo todo había envejecido al rededor de Pulqueria; Pulqueria no; Pulqueria tenía la belad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, vinieren de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueros y venos, trayendo cada paréj su familia consigo. Sentada al tocador, con el inútil espejo delante, se hallaba Pulqueria, en su cámara de vestir dejándose engalanar por sus damas, cuando la ilustra turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la hermosísima abuela. Echada la bendición á todos desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueros y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién le servía el calzado, quien le calzaba el esfidor, quien le ponía el collar, quien le echaba á los hombros el manto, quien le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema que solo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre. Pulqueria, no obstante había disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. Mirate al espejo señora le dijo con tierna efusión la mayor, y más hermosa de sus nietas: mirate y verás como todavía nos vences á todas en hermosura. Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita aunque estaba muy agena de verse, y por primera vez de su vida percibió en el espejo una imágen que debía ser la suya. Vió primero una niña de pocos días, que sin embargo era ya hermosa; las fac-

ciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas, y así fueron apareciendo en el espejo cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos, de manera que en un instante conoció Pulqueria toda lo que había sido, todos los grados de belleza que había gozado desde que nació hasta aquel mismo día. ¿Con que esta fui yo? dijo Pulqueria con un acento de indefinible expresión, que confundió á su familia, la cual no veía en el espejo mas que la imágen de la abuela tal como naturalmente debía entonces representarla. ¿Con que esta soy yo? volvió á decir mucho mas conmovida y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que le habló lo menos treinta y cinco años antes, la voz de Flaccia, clara y blandamente le dijo: Eso fuiste, hija mía; pero mira lo que vas á ser ahora. Súbito desaparecieron en el espejo los atavíos mundanales de la princesa: cubió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adormis que los mantenían sujetos, y derramáronse vagarosos por las espaldas como su rostro no sello de belleza inabole, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo: en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, resplandeciente símbolo de bienaventuranza durable; dos alas candidísimas doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así representada una figura de un ángel que desde nuestro mezquino globo se tornaba al granio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalén celeste, vió Pulqueria en el espejo después de las gracias de su ser físico, la imágen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó caer blandamente la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccia, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La plata del espejo que ya no había de ser profanada con otra imágen, perdió su diaphanidad convirtiéndose en un mineral blanco y sin brillo, como alabastro sin pulimento, brotando en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de su vida, y se le huyó de los manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por el escrito que Pulqueria infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenía la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponían al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: En efecto, queridas, el mayor suplido para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abaté su orgullo.

IGNACIO HARRIZENSCU.

Va que las funciones de Navidad, que todavía ocupan á los teatros, nos privan de comenzar hoy las críticas dramáticas que nos proponemos publicar periódicamente, plácenos inaugurar esta sección del SEMANARIO poniendo en ejecución un pensamiento que ha tiempo concebimos y aun ensayamos y que obstáculos imprevistos estorbaban llevar á cabo en El SINGLO: propusimos ir formando una galería de retratos de nuestros artistas dramáticos mas aplaudidos á medida que habláramos de las producciones en cuya ejecución respectivamente se distinguieran. Ahora comenzamos presentando el del eminente actor é inteligente empresario del teatro del Príncipe el Sr. Don

Julian Romea, que cuenta sus triunfos por las veces que aparece en escena y cuyo nombre no se estampa nunca en ninguna revista teatral, mas que para tri-

butar justas alabanzas á su talento. Esperamos que la indicada coleccion de retratos será del agrado de nuestros lectores, especialmente de los de Provincias, y



J. Romea

prometemos hacer todo género de esfuerzos para que la idea se realice.

Nada podemos añadir en punto á novedades teatrales porque ninguna se ha puesto en escena desde principio de año, como no calificamos de tal la reproducción de la *Gazza-Ladra* de Rossini, cantada en el Circo y en la cual fueron aplaudidos el Sr. Formassari, la Señora Edelvir y el Señor Salas. R.

Completamente agotado el número primero de nuestro periódico, los nuevos suscritores no le recibirán hasta que se reparta el tercero, para cuya

fecha estará corriente la nueva reimpression que de aquel se está haciendo.

El crecido número de suscripciones que cuenta hoy el SEMANARIO, ocasiona alguna irregularidad en el reparto y envi á provincias; desde la próxima entrega nos prometemos tener organizados ambos servicios con toda puntualidad.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Boig, Razola, Foupart, Villa y la Publicidad, litografía de Desclairet, del Pasaje del Iris y de San Felipe Serí.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porté, á favor de la ADMINISTRACIÓN DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.